

UNA VISIÓN RENOVADA DE LA ARQUEOLOGÍA VACCEA

El año 1959 veía la luz como volumen segundo de la serie *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, que dirigía el Dr. Almagro y estaba llamada a ser la principal de Prehistoria en nuestro país, el trabajo de F. Wattenberg, que fuera su Tesis Doctoral, *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, una obra clásica, y básica hasta hoy mismo, para la comprensión del poblamiento prerromano en el territorio objeto de estudio.

Se cumplen pues en este año de 1992, tan emblemático por tantas razones, treinta y tres del que, para la Prehistoria más reciente del valle medio del Duero y con ocasión del evento citado, pudieramos calificar de *annus mirabilis* y, por desgracia también, un cuarto de siglo del fallecimiento, acaecido en 1967, de su autor.

El germen de su obra tuvo seguidores en él, en aquel entonces, llamado *Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, fundado por D. Cayetano de Mergelina, director del trabajo de doctorado comentado, quienes a su vez supieron sembrarlo en sus propios discípulos; unos y otros hemos querido reunir en el presente volumen nuestros trabajos más recientes sobre la Edad del Hierro en el Duero Medio y rendir con ello homenaje a la figura y la obra de Federico Wattenberg.

En su mayoría los estudios que siguen se han realizado dentro de los Programas de Investigación del Área de Prehistoria, en el Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Universidad de Valladolid, y se ha pretendido, antes que nada, presentar, aún a sabiendas de que con carácter provisional y a título de avance en algún caso, los resultados de los trabajos de campo llevados a cabo en aquellos yacimientos que, excavados en los últimos años y recogidos en el mapa que acompaña a estas páginas, se han desvelado del mayor interés y aportado una más importante información. No hemos querido sustraernos los editores, sin embargo, a la tentación de invitar a colaborar a aquellos colegas que, desde distintos centros e instituciones, dedican igualmente sus desvelos al estudio de nuestra Edad del Hierro; ellos, por su parte, contribuyendo con sus aportaciones responden a nuestra confianza y rinden tributo igualmente al pionero de estos estudios.

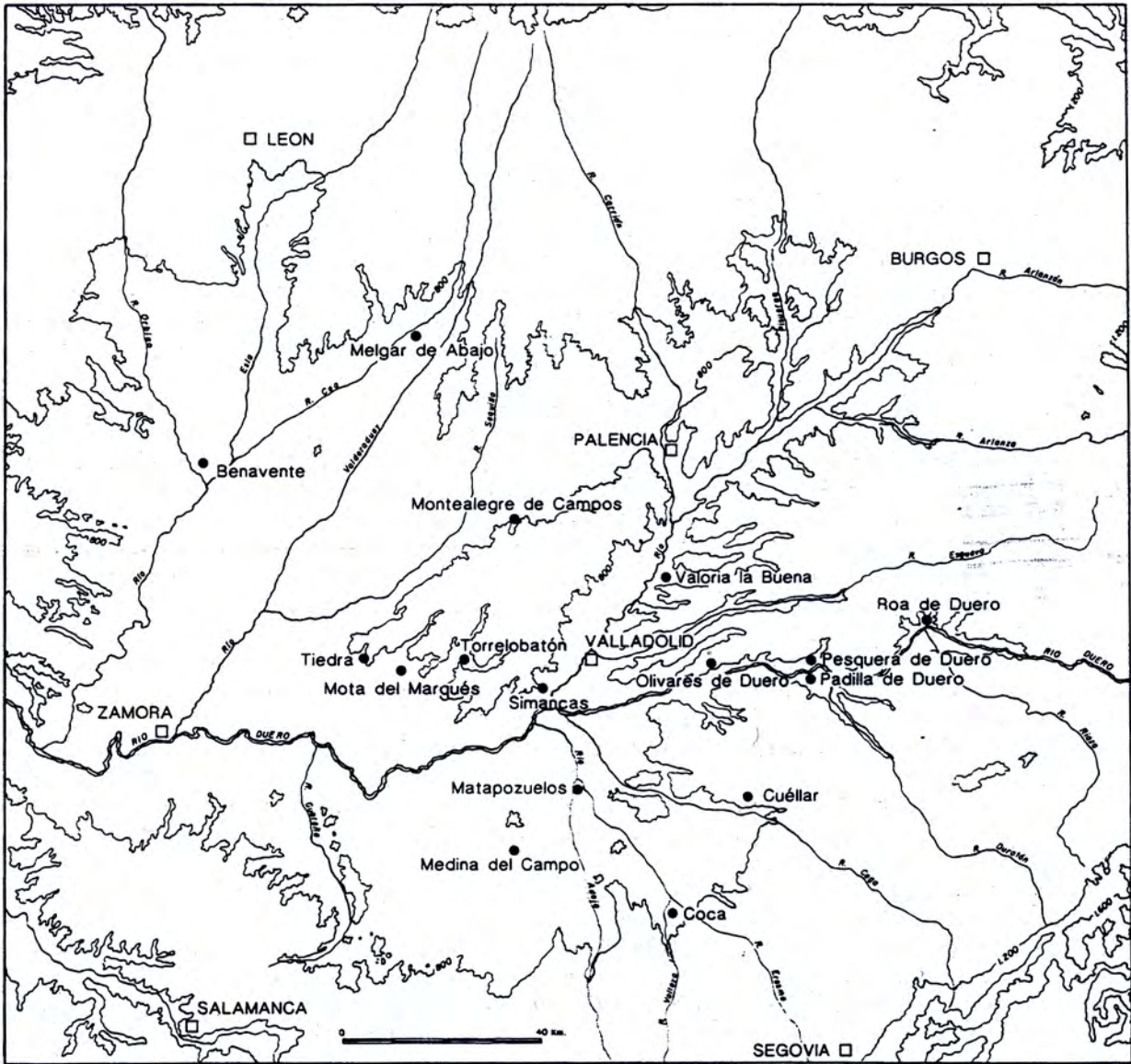
En las páginas que siguen, y a modo de introducción al presente volumen, trataremos de sintetizar lo que los estudios que en él se reúnen aportan al conocimiento de la *Arqueología Vaccea*, lo que, en definitiva, justifica su presencia en él.

Y es así como pensamos que nada más lógico que abrir estos *Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* con un trabajo sobre el poblamiento, máxime cuando Federico Wattenberg mostró siempre un denodado interés por los métodos de la Geografía histórica y abordó su obra sobre la *Región Vaccea* como una investigación geográfico-histórica de índole regional, habida cuenta que la vaccea era una unidad étnica que, como hace constar en el *Prólogo* a la obra mencionada, "...se corresponde geográficamente con un territorio de límites bastante precisos, y ha tenido una evolución peculiar entroncándose con etapas históricas, pero manteniendo una evidente huella de indigenismo".

El trabajo de L. C. San Miguel se orienta a la caracterización del modelo de poblamiento durante la Edad del Hierro en el valle medio del Duero, en el tramo espacial del norte del río-oeste del Pisuerga, dentro de la provincia de Valladolid, y aborda una cuestión sobre la que no se había vuelto tras los pioneros estudios de los años cincuenta y cuyos argumentos de partida, y en buena medida sus conclusiones, se encuentran en parte superados, a falta de renovados planteamientos y metodología. Se define así un modelo de ocupación durante la segunda Edad del Hierro concentrado, discontinuo y jerarquizado en función de un único tipo de asentamientos —los *oppida*—, de entre los cuales sólo tres podrían manifestar rango de *civitates*; un modelo cuyos patrones encuentran su precedente en el proceso de agrupamiento y concentración detectado desde la fase Soto —cuyo análisis se aborda aquí por vez primera—, en la que entroncan muchas de las características claves del mundo vacceo. Desde esta perspectiva se nos muestra la gran personalidad espacial del grupo vacceo, bien identificado respecto de otros pueblos del valle del Duero, con un modelo de implantación territorial que parece tener más que ver con el de ciertas áreas del ámbito ibérico que con los esquemas seguidos en su entorno; una entidad, en definitiva, que permite proponer multitud de aspectos en relación, por ejemplo, con las implicaciones socioeconómicas —caso de la potencial explotación de recursos o de las cuestiones de índole territorial o funcional de cada asentamiento—, hasta ahora no estimados, y sobre la que, por otra parte, se venía insistiendo en los últimos años a partir de aspectos diversos de su cultura material.

Ni que decir tiene que los postulados defendidos en el trabajo comentado se ven ampliamente respaldados por los datos proporcionados por una intensa labor de prospección en la que, además, ha jugado un destacado papel la prospección aérea, aspecto este último que se aborda en el estudio con que se cierra este volumen. Del éxito de su aplicación, pionera en nuestra área de estudio, habla la posibilidad de obtener visiones de conjunto sobre cuestiones tales como las dimensiones de los asentamientos, su distribución interna, los sistemas defensivos o los espacios periféricos, con anterioridad poco más que intuitivos y para cuyo reconocimiento los métodos tradicionales se mostraban lentos e imprecisos. Las dificultades e inconvenientes derivados de la aplicación de dicha técnica y su ulterior interpretación, que pueden enmascarar ciertos aspectos e inducir a errores, no deben, con todo, menospreciarse y no son ajenos al sentir de los autores.

La secuencia estratigráfica de cuatro yacimientos —uno zamorano, *Los Cuestos de la Estación* de Benavente, dos vallisoletanos, Simancas y *La Mota* de Medina del Campo, y el segoviano de Cuéllar—, que nos informan sobre la primera Edad del Hierro en particular, y en concreto sobre el horizonte Soto, así como sobre el tan problemático y debatido tránsito entre la primera y la segunda Edad del Hierro, se aborda en otros tantos trabajos.



Del primero de los yacimientos mencionados se nos presenta una superposición de diez fases de ocupación, la más amplia secuencia estratigráfica registrada en un yacimiento de raigambre soteña, que viene a completar y rectificar la ofrecida por el mismo J. Celis, junto a J. A. Gutiérrez, en otros trabajos anteriores. En los niveles de la primera Edad del Hierro, recuperados esencialmente en las excavaciones practicadas en la Plaza Mayor, aunque no falten referencias a la documentación aportada por los sondeos verificados en otros puntos del casco urbano, se centra igualmente el estudio de Simancas, pues aquí, en contraste con los resultados obtenidos en las excavaciones de las escombreras del poblado llevadas a cabo por Wattenberg y como resultado de la continuada ocupación del solar, la mayor parte de los niveles de la etapa vaccea parecen haberse perdido. La más completa secuencia protohistórica de Medina del Campo, con seis niveles que nos remiten también al mundo Soto, se ha registrado en la excavación del cuadro D, localizado en las inmediaciones del castillo de La Mota y en el interior ya del recinto del actual cementerio de la villa; la presencia en los mismos de materiales exóticos y ajenos al mundo citado, algo que se había detectado ya en otros yacimientos vacceos meridionales, ha dado pie a M. Seco y F. J. Treceño a hablar de la "iberización" de los territorios meseteños al sur del Duero. La información aportada por los tres yacimientos mencionados se ve complementada, en particular por lo que a los momentos más recientes de la Edad del Hierro se refiere, con la estratigrafía obtenida en la zona III de la Plaza del Castillo de Cuéllar, en la que J. Barrio ha podido identificar cinco poblados superpuestos, el último de los cuales se ve afectado también aquí por remociones medievales, que implican una dilatada ocupación temporal.

Llamaremos la atención a renglón seguido sobre aquellos aspectos más destacados y novedosos que se desprenden de los trabajos llevados a cabo en los yacimientos referidos, así como de la lectura de los estudios respectivos. Y cabe señalar, en primer lugar, por cuanto a las estructuras se refiere, cómo tanto en Benavente—fase 1— como en Simancas—excavaciones de la Calle de la Esperanza— y Cuéllar—poblado I— se confirma lo advertido por Palol para los niveles inferiores de El Soto de Medinilla: la huella de cabañas de postes. Asimismo, parece afianzarse la convivencia, entre las estructuras de adobes ya, de plantas circulares y cuadrangulares, por más que no siempre podamos precisar la funcionalidad de estas últimas; ello se constata en la fase 6 de Benavente, caracterizada por la proliferación del hábitat y la multiplicación de las estructuras, en la que la dependencia rectangular, próxima a una vivienda circular y a un horno, conservaba un hogar en su interior; menos preciso si se quiere es lo exhumado en el nivel VII de Medina del Campo, donde junto a una vivienda circular aparecieron restos de un muro recto. En Cuéllar las viviendas son cuadrangulares ya desde el poblado II y a partir del tercero presentan cimientos, cuando menos, de sillarejo.

La importancia que la metalurgia del bronce sigue manteniendo durante el Primer Hierro encuentra amplio reflejo a lo largo de la secuencia de Benavente en la que menudean los hallazgos de crisoles y moldes de fundición, amén de estructuras de horno que, en algún caso al menos, como ocurre con el recuperado en la fase 6, debieron tener una finalidad diferente, la de cocer cerámica; a destacar además la tipología de algunos elaborados—caso de los botones o faleras y de los brazaletes que se obtendrían a partir de los moldes recuperados en las fases 2 y 4, respectivamente— que se corresponden o imitan modelos del Bronce Final IIIb de Venat, aspecto este sobre el que se viene insistiendo en trabajos recientes. Los primeros vestigios de hierro se documentan en la fase 5 del yacimiento de que nos venimos ocupando, cuya datación cabría fijar en un momento seguramente avanzado

ya del siglo VII a. de C.; la información al respecto se amplía para el siglo VI a. de C. con los hallazgos del nivel VII de Medina del Campo y el poblado II de Cuéllar.

Por lo que a las cerámicas se refiere, recordaremos en primer lugar la presencia de finos vasos de formas carenadas en las dos fases iniciales de Los Cuestos de la Estación. Asimismo, la comparecencia habitual de las especies a mano pintadas en todos los yacimientos que nos ocupan: se dan a lo largo de toda la secuencia en Simancas; en Benavente, donde la evidencia más antigua proviene de la fase 5, merecen destacarse unas bellas y esbeltas copas, pintadas en rojo, documentadas por vez primera en la siguiente fase; a resaltar las elaboradas decoraciones con diseños geométricos y motivos zoomorfos y florales, pintados en rojo y amarillo o en rojo sobre fondo amarillo, que figuran en vasos de Medina del Campo, donde estas especies sólo están ausentes en el último nivel protohistórico; de Cuéllar, donde se dan asimismo diversas modalidades pictóricas, cabe mencionar el hallazgo, en los poblados II y III, de vasos que combinan la decoración pintada con la realizada a peine. Mención especial merece, por cuanto de novedad supone en los contextos soteños del Duero medio, el hallazgo en el nivel inferior del yacimiento que acabamos de mencionar, de cerámicas grafitadas; novedad que no por esperada deja de serlo. Y cómo olvidar, por lo que a las cerámicas a mano se refiere todavía, la presencia, tímida primero —niveles VIII al V— y abrumadora después —niveles IV y III— de cerámicas con decoración a peine a lo largo de toda la secuencia de Medina; la documentación de los primeros peines impresos en el nivel IV informa en La Mota de la clara posterioridad de esta modalidad respecto de la incisa. En Cuéllar los motivos impresos están presentes ya en los primeros vasos a peine documentados, los del poblado II; en los poblados sucesivos, y hasta el final mismo de la secuencia, los motivos impresos van siendo más habituales al tiempo que las sintaxis compositivas se barroquizan. Las cerámicas citadas comparecen únicamente en los niveles más tardíos de la primera Edad del Hierro en Simancas.

Las cerámicas a torno conviven en Medina del Campo y Cuéllar, junto a las especies arriba comentadas; se trata en principio de cerámicas de pastas claras y pinturas vinosas, análogas a las documentadas en algún otro yacimiento de la Meseta Norte por las mismas fechas —siglo VI a. de C.—, de claro origen meridional y, por tanto, importadas. En Cuéllar dichos productos hacen acto de presencia en los poblados II y III, documentándose además en este último otros vasos a torno sin pintar que, según J. Barrio, pudieran representar la naciente cerámica celtibérica; las primeras producciones a torno pintadas salidas de alfares meseteños se atestiguan en el poblado siguiente que, a partir de este dato, se fecha del 400/350 a. de C. en adelante. En La Mota las primeras cerámicas importadas se recuperaron en el nivel VII, aumentando progresivamente su número hasta el nivel IV; con posterioridad, y al tiempo que se advierte la práctica desaparición de dichas producciones, se incorporan las cerámicas de pastas grises y las que, a juicio de sus excavadores, serían las primeras de producción local, de pastas rojo-rosáceas, lo que se atestigua en el nivel III. Un nivel que permite situar por las mismas fechas, fines del siglo V inicios del IV a. de C., la ocupación del yacimiento, asimismo vallisoletano, de Olivares de Duero, con cerámicas a torno pintadas en tonos vinosos, similares a las citadas en último lugar, vasos con decoración a peine de estilo impreso y especies a mano cuyos perfiles hunden sus raíces en el mundo soteño.

Cabe resaltar, finalmente, el desarrollo sin solución de continuidad de las ocupaciones referidas. La de Benavente, cuyos orígenes podrían remontarse muy bien a la octava centuria anterior al cambio de Era, parece

truncarse en pleno mundo Soto. En Simancas, donde lo apreciado en las excavaciones de la Calle de la Esperanza, permite pensar en un momento de la fase tradicionalmente considerada Soto I, la secuencia de la Plaza Mayor nos habla de una ocupación ininterrumpida, al parecer, a lo largo de aproximadamente cuatro centurias: la de las tres primeras —siglos VI al IV, cronología que apoyan las dataciones radiocarbónicas obtenidas para los niveles IVC y IIIA—, sobre la que se centra el estudio de J. Quintana, se correspondería con el Soto II; a ella se superpone la vaccea, que, al igual que se aprecia en otros yacimientos al norte del Duero, nos presenta a esta cultura plenamente formada, cuyo desarrollo se sitúa en el transcurso del siglo III a. de C. En Medina del Campo nos encontramos, y nos serviremos en esta ocasión de las propias palabras de sus excavadores para describirlo, con “...un panorama cultural bastante uniforme y en constante evolución a lo largo de sucesivos momentos de ocupación, en los que se advierte la paulatina llegada de elementos y técnicas a un substrato indígena que intentará adoptar tales procesos de elaboración”; dicha permeabilidad se explica en virtud de la privilegiada situación geográfica de Medina y se aprecia a partir del siglo VI —al poco, por tanto, de iniciada la ocupación de La Mota, lo que habría acontecido muy probablemente en la segunda mitad del siglo VII— y hasta el siglo IV a. de C., momento a que nos remite el nivel III, último respetado, de los posibles protohistóricos, por la ocupación medieval y moderna. Otro tanto cabe decir de Cuéllar, donde, tras un primer momento —que, pese a ciertos elementos que le vinculan al mundo Soto y vistos los rasgos que le asemejan a otros yacimientos segovianos próximos al Sistema Central, pudiera permitir, a sugerencia de J. Barrio, la identificación de un horizonte cultural diferente y propio, dentro del Primer Hierro— asistimos a la progresiva implantación de las cerámicas a peine —cuya evolución decorativa puede seguirse perfectamente— y a torno —importadas primero y de producción local después— a lo largo de una secuencia estratigráfica cuya fecha final se fija, ante la ausencia de las producciones tardoceltibéricas, en algún momento de la primera mitad del siglo I a. de C.

Pudiera sorprender, en cualquier caso, la diferente interpretación que, pese a la evidente analogía del proceso evolutivo que muestran las secuencias de Medina del Campo y Cuéllar, ofrecen, en cada caso, los respectivos estudiosos; una interpretación en la que subyace, sin duda, y al margen de otras valoraciones, el diferente significado cultural que se otorga a la incorporación de las cerámicas a peine al bagaje material. Y así, aún partiendo unos y otro de la posibilidad de identificar una etapa u horizonte antiguo del peine, conforme a lo expuesto no hace tanto por R. Martín Valls, M. Seco y F. J. Treceño defienden que ello “...además de sugerir la inexistencia de etapas intermedias, confirma en La Mota la evolución natural de un substrato indígena enraizado en la Primera Edad del Hierro”. J. Barrio, por su parte, en la línea de otros trabajos suyos anteriores, si bien es partidario de la continuidad entre ese horizonte del Primer Hierro representado por el poblado I de Cuéllar y Cuéllar II, un poblado en el que se advierten grandes cambios y que reflejaría el momento de formación del horizonte Cogotas IIa, subraya, más adelante, que los rasgos culturales del poblado III, momento de plenitud de la fase Cogotas IIa, “...representan con claridad la manifestación de una nueva entidad étnica en plena formación...”, a la que tanto cabría denominar “protovaccea” como “protoceltibérica”; la presencia de las primeras cerámicas celtibéricas, finalmente, atestiguada en el poblado IV, “En modo alguno parece responder a un aporte étnico... sino más bien a la llegada de nuevas modas y productos”, venidos ahora desde la Celtiberia, lo que supone un cambio de relaciones culturales con respecto de los momentos anteriores.

En parecida línea argumental se desarrolla el estudio que, a partir de un nutrido y expresivo conjunto de materiales cerámicos de prospección, procedentes de *Sieteiglesias* (Matapozuelos, Valladolid), realizan A. Bellido y P. J. Cruz, con el fin de establecer, como ellos mismos apuntan, una "secuencia fiable" de la ocupación protohistórica del yacimiento; conscientes de la dificultad que para ello comporta el origen mismo del material, así como de la imposibilidad de atribuir con precisión determinadas especies cerámicas a fases concretas de la Edad del Hierro, se decantan con todo por la identificación de la facies Cogotas IIa como horizonte de tránsito entre la primera y la segunda Edad del Hierro. A destacar además del mencionado trabajo la reflexión sobre la identificación de la *Nivaria* o *Nibaria* de las fuentes clásicas y la propuesta de algunos núcleos próximos a Sieteiglesias, con una ocupación romana de la que este yacimiento carece, para su reducción.

Frente a otro tipo de planteamientos nos sitúan los estudios de otros cuatro yacimientos: el segoviano de Coca y los vallisoletanos de Montealegre de Campos, Melgar de Abajo y Padilla de Duero, por cuanto en ellos se analiza, fundamentalmente, la correspondiente ocupación vaccea y, en particular, las estructuras domésticas. El hecho, en cualquier caso, de que mientras que en los tres poblados vallisoletanos han podido exhumarse restos arquitectónicos no haya ocurrido otro tanto en Coca, pese a tratarse también de ambientes de habitación, nos lleva a considerarlo aparte y en primer lugar.

En efecto, las excavaciones llevadas a cabo en 1980 en el pago de *Los Azafranales* de Coca, en las que se abrieron dos cuadros, permitieron identificar el nivel III de ambos con la correspondiente ocupación de la *Cauca* vaccea; en dicho nivel, bajo los derrumbes de una estructura de adobe y junto a dos hogares, se recuperaron abundantes materiales cerámicos. Entre éstos se encuentran representadas tanto las especies a mano como las a torno, no faltando entre las primeras aquellas que se decoran con motivos a peine o impresos; entre las segundas, además de los vasos comunes, se cuenta con un significativo elenco de vasos pintados, entre los que merecen destacarse aquellos que ofrecen decoración bícroma. Los perfiles de algunas de estas producciones, raros o poco frecuentes en el valle del Duero, encuentran réplicas adecuadas al sur del Sistema Central, de la misma manera que meridional ha de ser el origen del plato de barniz rojo rescatado igualmente en este nivel; uno y otro dato nos hablan, una vez más, de las relaciones de los yacimientos vacceos del sur del Duero con, cuando menos, sus inmediatos vecinos del mediodía, por más que en este momento, siglo III a. de C., y muy probablemente su segunda mitad, no alcance, si se quiere, la intensidad de los tiempos pretéritos.

Ciertas cerámicas procedentes del nivel V de la cata A de Coca permiten, además de documentar la ocupación del mismo solar a comienzos de la Edad del Hierro, durante el siglo VII a. de C. con bastante probabilidad, y el Bronce Medio, contextualizar determinados hallazgos aislados dados a conocer con anterioridad. Es el caso de una punta con pedicelo y alerones y del sobradamente conocido jarro orientalizante de bronce, en relación con la primera ocupación citada, o de ciertas puntas pedunculadas y un puñal con escotaduras laterales, todos ellos de bronce, por lo que a la segunda se refiere. Algunas puntas Palmela, propias del Campaniforme Ciempozuelos, fruto asimismo de hallazgos casuales e igualmente publicadas, permiten remontar al Bronce Antiguo los primeros vestigios humanos en Coca.

Los tres yacimientos vallisoletanos arriba aludidos aportan, frente a Coca, valiosa información, como señalábamos, sobre la arquitectura doméstica vaccea. Así, y en primer lugar, Montealegre de Campos, localidad bien

conocida en la bibliografía científica tras el hallazgo en la misma de una *tessera hospitalis* del año 134 d. de C., nos ofrece la posibilidad de contrastar la diversidad de espacios domésticos, así como la de plantear la existencia de áreas diferenciadas en la distribución interna del hábitat. Este último aspecto se aborda también en el caso de Melgar de Abajo donde, la prospección intensiva primero y las excavaciones de carácter preventivo después, han permitido reinterpretar lo que antaño eran considerados como varios yacimientos —*Las Cuestas, Las Quintanas, Era Alta y Tardumeros*— como un único asentamiento de grandes dimensiones —más de treinta hectáreas— con diversos barrios. Las excavaciones, por último, del poblado de *Las Quintanas* de Padilla de Duero, verosíblemente identificable con la ciudad de *Pintia* citada por las fuentes, muestran un interés evidente, ya que: por un lado, el registro arqueológico obtenido constituye un punto de referencia imprescindible para los datos proporcionados por la necrópolis aledaña, a la que se refiere otro de los trabajos contenidos en el presente volumen; por otro, ha permitido contextualizar, por vez primera y en un ambiente doméstico, un tesorillo clandestinamente exhumado en el poblado, el número 2, que, junto a otros dos igualmente obtenidos a partir de actividades ajenas a la investigación arqueológica y algunas otras piezas más, será objeto asimismo de atención particular en otro estudio de esta misma obra; y, finalmente, por la similitud que su formación estratigráfica ofrece, en particular por lo que las destrucciones de carácter violento detectadas se refiere, con la obtenida por F. Wattenberg en El Soto de Medinilla vacceo.

La constatación en época vaccea de viviendas de planta circular, por un lado, y su convivencia, por otro, con las rectangulares son dos cuestiones que, si bien hoy parecen tener carta de naturaleza en dichos ambientes, constituyeron toda una novedad apenas hace unos años, a mediados de la década pasada, al ser detectadas por vez primera. Ello se documenta en Montealegre de Campos, donde a las primeras se asocian espacios anejos, de planta circular igualmente; ahora bien, el hecho de que los distintos modelos de habitación se ubiquen aquí en áreas diferentes —en las laderas del *Cerro del Castillo* las circulares y en la plataforma de *La Aguilera* las rectangulares— no deja de plantear algunos problemas, entre los que no podemos olvidar el de su posible diferente cronología. Es cierto que en unas y otras se encuentran materiales próximos en términos generales, pero no lo es menos, máxime si tenemos en cuenta la falta de perspectiva estratigráfica del yacimiento, que dichos materiales no se prestan a excesivas precisiones cronológicas, por lo que no podemos hablar con garantías absolutas de contemporaneidad; cabría igualmente echar mano de lo advertido en otros lugares, caso sin ir más lejos de Melgar de Abajo, donde las excavaciones practicadas en Era Alta permitieron apreciar cómo la urbanización del sector, que habría tenido lugar a mediados del siglo I a. de C., se llevó a cabo tras la nivelación del vertedero a que corresponde el nivel VI e identificar dos fases de ocupación sucesivas, en la segunda de las cuales, y junto a una calle de guijarros, conviven estructuras de habitación circulares y rectangulares, pero las dataciones radiocarbónicas obtenidas en Montealegre, que nos remontan a un más que improbable siglo IV a. de C., de escaso apoyo nos sirven en este sentido.

Supuesta, en cualquier caso, la contemporaneidad de las viviendas de plantas diferentes se plantea en Montealegre la probable existencia, ya apuntada también en otros estudios de este volumen, así como en trabajos anteriores, de una ordenación interna del hábitat y la presencia de áreas o barrios morfológicamente diferenciados en virtud de criterios aún difícilmente precisables, funcionales quizá, de adaptación al terreno o incluso

jerárquicos, que podrían justificar la implantación de modelos distintos de edificación en función de usos determinados. Un excelente ejemplo, en este sentido, lo ofrece el alfar de *Carralaceña*, vinculado al poblado de Las Quintanas de Padilla y separado de él por el curso del Duero, que ofrece —junto con los testimonios, en alguna medida indirectos pero análogos por lo que aquí nos interesa, de Roa de Duero o los más recientemente descubiertos en Coca, sobre cuya atribución parece prudente mantener de momento una cierta cautela— información precisa sobre un área artesanal, bien individualizada de los espacios de habitación, para un momento avanzado de la secuencia vaccea. En Melgar la zona de Era Alta debió de ser a comienzos de la segunda Edad del Hierro un sector secundario y marginal del poblado —carácter que quedaría acreditado por el vertedero reflejado, como vimos con anterioridad, por el nivel VI—, urbanizándose con posterioridad; más adelante, y coincidiendo con la segunda fase de ocupación vaccea del área mencionada, en la segunda mitad del siglo I a. de C., se produce la expansión del núcleo, como demostraría la fundación en esos instantes de nuevas zonas de habitación en Tardumeros.

El sondeo estratigráfico practicado en el poblado de Las Quintanas de Padilla de Duero, a raíz del hallazgo del tesorillo arriba mencionado, permitió identificar tres niveles de habitación vacceos, al inferior de los cuales —en el que se exhumaron restos de dos edificaciones rectangulares separadas por un estrecho pasillo, de las que la más meridional mostraba varios ambientes, asimilable uno de ellos a un recinto de almacenaje y procesado de grano— fue presa de un virulento incendio que, en función de la tipología de sus materiales —ricos en cerámicas estampadas y peinadas, así como en otros productos torneados— debió acontecer en un momento indeterminado de la segunda mitad del siglo IV a. de C. En los dos niveles superiores, III y IV, las estructuras apenas si se conservaban o estaban muy desmanteladas; el hallazgo en el primero de ellos de un vasito de tratamiento bruñido-lustroso e imitación metálica nos llevaría, cuando menos, al siglo II a. de C. y la destrucción del último de ellos, violenta igualmente, cabe fijarla en época sertoriana, dato que vendría avalado no solo por la correspondencia al mismo del tesorillo citado, sino también por la presencia en él de cerámicas de almacenaje de gran tamaño y tipología diversa a los del nivel II, así como de especies bícromas o con grafitos, o por la ausencia, finalmente, de productos cerámicos hechos a mano o de los torneados tardoceltibéricos.

A un momento próximo al representado por el último nivel descrito, si nos atenemos a las cronologías obtenidas por arqueomagnetismo, ya que las dataciones radiocarbónicas, mucho más antiguas, parecen poco probables, cabe vincular la actividad del alfar antecitado de Carralaceña, del que se ofrece un avance de estudio más adelante. Dos de nosotros abordamos en el mismo el análisis de un horno cuya envergadura y complejidad sorprende; es de destacar asimismo su dependencia de modelos ibéricos, vínculo que no debe extrañarnos si recordamos lo dicho a propósito de otros yacimientos vacceos en estas mismas páginas o si reparamos en las características formales y tecnológicas de algunos de los productos salidos de él, y en particular las de los vasos finos pintados. En relación con este punto parece lógico comentar uno de los trabajos con que se cierra el presente volumen, el que se centra en el estudio de los dermatoglifos identificados en ciertas tortas de barro, destinadas a controlar tiros o a reducir grietas en los hornos de ceramista, recuperadas en los alfares de Roa de Duero; la lofoscopia, o estudio de los dermatoglifos, nombre que reciben las huellas impresas conservadas en dichas pellas como consecuencia de su manipulación, abre así una vía para el estudio de determinados aspectos sociales rela-

cionados con la actividad alfarera: posible división sexual del trabajo, número aproximado de operarios, adjudicación de autorías en casos muy favorables, etc., amén de otros posibles en relación con la comercialización de las producciones, pues dichas huellas se conservan en ocasiones también en productos acabados, si bien habrá que esperar para ello a contar con el conveniente registro.

Dos trabajos más, por último, los que tienen por finalidad el estudio de los tesoros y la necrópolis celtibéricas de Padilla de Duero, unidos a los anteriormente comentados y referidos al poblado de Las Quintanas y al alfar de Carralaceña, permiten obtener una correlación entre las distintas áreas del importante conjunto arqueológico vallisoletano de Padilla-Pesquera de Duero y una visión comparativa de sus desarrollos secuenciales significativamente más útil y completa que la obtenida a partir de cada zona en solitario, de cara a una valoración global e integrada del fenómeno vacceo en el sector y aún en el valle medio del Duero en general.

No obstante las desfavorables circunstancias, arqueológicamente hablando, que rodearon el hallazgo de los tres tesoros de Padilla de Duero, el conocimiento de la situación topográfica de cada uno de ellos en el poblado de Las Quintanas, manifestando un marcado distanciamiento, al tiempo que la ya comentada vinculación del segundo atesoramiento a una vivienda indígena, o incluso la presencia de posibles marcas de propiedad sobre alguna de las joyas, permite deducir el carácter privado —personal o familiar— de los mismos, y por extensión de todos los celtibéricos, frente a otras opciones teóricas que los definen como tesoros colectivos u ofrendas votivas.

El estudio tipológico de las joyas plantea, no ya la neta diferenciación de la orfebrería celtibérica —tal vez más propiamente vaccea, podría aventurarse a la luz de la distribución de los hallazgos, fundamentalmente occidental—, sino incluso un esperanzador futuro para la definición de diferentes estilos artesanales, a semejanza de como ha sido posible establecer, por ejemplo, en la orfebrería castreña del Noroeste peninsular. En cualquier caso la genealogía de las diferentes piezas manifiesta unos influjos tanto mediterráneos —helenísticos o púnicos principalmente, filtrados por el mundo ibérico en ocasiones; así en los brazaletes espiraliformes, en las pulseras simples rematadas en cabezas de ofidio o en los torques funiculares con *nudus herculeus*, aunque el hecho de que estos últimos se encuentren particularmente bien representados en la Submeseta Norte permitiría concluir que hubieran salido de talleres de la Meseta— como continentales —visibles en anillos y fibulas simétricas, aunque tamizadas, eso sí, por un quehacer artesanal local, o en ciertos detalles de las mencionadas pulseras con cabezas de ofidios en sus extremos, cuyo nudo central tal vez quepa considerar deudor de la joyería céltica—, si bien abriéndose en no pocas ocasiones lapsos temporales y espaciales a veces insalvables, que ilustran perfectamente la intrincada amalgama de influencias, por un lado, y, por otro, la reelaboración particular de un artesanado autóctono.

Por lo que al numerario de los tesoros 1 y 2 de Padilla respecta, es preciso señalar inicialmente la proporción anómala que muestran en el segundo de ellos las acuñaciones de *šekobiríkes* y *turíasu* —con 4 y 8 piezas, respectivamente—, inversa a la normalmente advertida en otras ocultaciones; asimismo la excepcionalidad que representa la presencia, en el mismo tesoro, de un denario de *belikio*, ya que dicha ceca, cuyo numerario se concentra en el valle del Ebro y el Pirineo, está ausente, salvo en Palenzuela, en los tesoros de la Meseta. Por lo demás, ambos atesoramientos entran en lo habitual para el sector centro-oriental, con denarios de los cuatro talleres emblemáticos —*šekobiríkes*, *turíasu*, *arsaos*, y *árekořata*—, acompañados frecuentemente de piezas de *bascunes* y *bolskan*.

Están ausentes en Padilla las series más antiguas de *árekoñata*, aquellas en que aparece la leyenda partida *arecora-tas* y se fechan a fines del siglo II a. de C., no así las que muestran leyenda continua, cuyo predominio en época sertoriana evidencian otros tesorillos del valle del Duero. Por lo que a las piezas de *arsaos* se refiere, sabemos que menudean en los atesoramientos de fines del siglo II e inicios del I a. de C., siendo en la Meseta muy abundantes durante las guerras sertorianas e incluso en época postsertoriana. Atención particular merecen los denarios de *šekobiñices*, ya que a partir de las piezas recuperadas en Padilla se propone una nueva ordenación teórica de los mismos, en siete grupos, diferente a la tradicional, que los agrupa en una serie con dos variantes: “con clámide” y “sin clámide”; dicha ordenación está avalada por lo que acontece en otras cecas —*bolškan*— y por la similar o igual frecuencia en que concurren las piezas de los diferentes grupos en los atesoramientos sertorianos —Salamanca, Padilla III— e incluso postsertorianos —Chano—, siendo las más numerosas las de los dos últimos; por lo que a su cronología respecta, es preciso recordar que faltan en tesoros previos al 100 a. de C. o que menudean o son abundantes en los de época sertoriana y no olvidar que se asocian ya a denarios republicanos en tesoros como el de Maluenda 1 o Santa Ana de Carnota, razones todas ellas que llevan a pensar que las piezas de *šekobiñices* se acuñaron en todas sus variantes durante el primer cuarto del siglo I a. de C., siendo posible que las de clámide curva se hayan batido con posterioridad. Los denarios de *tufiasu*, por último, son abundantes en los atesoramientos sertorianos de la mitad septentrional de la Península, correspondiéndose aquí sobre todo con la serie caracterizada por las tres letras *ca-s-tu* y el jinete saltando en reverso; no obstante la gran perdurabilidad del tipo, avala la modernidad de estas emisiones su aparición, por ejemplo, en tesoros como Arrabalde 1.

En definitiva, no parece que pueda haber argumentos que impidan considerar al tesoro 1 de Padilla como perteneciente al grupo de los de “horizonte sertoriano”, lo que resulta más dificultoso para el número 2 dado el exiguo numerario conservado. Tampoco puede negarse de plano que la ocultación de ambos tesoros sea algo posterior, aunque desde luego anterior a las guerras cántabras; en este sentido cabe argumentar la composición similar de los tesoros leoneses de Chano o las rebeliones vacceas postsertorianas, de las que destaca la campaña de Metelo Nepote en el 56 a. de C.

Deliberadamente hemos relegado al final de estas páginas, pues no en vano se trata del único trabajo de los contenidos en este volumen relativo a un espacio cimenterial, la referencia al estudio de varios de los conjuntos funerarios de la necrópolis de *Las Ruedas* de Padilla de Duero. En el mismo, y habida cuenta la favorable concurrencia en este caso de dos circunstancias difícilmente coincidentes: la distribución interna de las tumbas, que permite la lectura de una estratigrafía horizontal, y la afortunada elección de las áreas de excavación, se intenta obtener una secuencia cronológica, a partir del cotejo de las asociaciones significativas en los depósitos, del espectro íntegro del horizonte vacceo desde sus fases iniciales hasta la generalización de los elementos romanos; la imposibilidad absoluta de comparar el esquema planteado en este trabajo con otras necrópolis vacceas de ámbito próximo y la gran dificultad existente para trasladar sus datos a la secuencia habitacional del poblado de Las Quintanas, o a las de otros yacimientos, caso por ejemplo de algunos excavados recientemente también y asimismo incluidos en esta obra, son, mal que nos pese, factores que dificultan la resolución de algunos puntos oscuros y la ratificación de las propuestas cronológicas que sugiere.

Dos tumbas, las números 9 y 28, permiten remontar a un momento ciertamente antiguo el uso de la necrópolis, ya que se fechan en la primera y la segunda mitad, respectivamente, del siglo IV a. de C.; contribuye a dicha precisión cronológica, al margen de otros factores de índole tipológica, la detección de influjos laténicos en los elementos metálicos del ajuar del segundo depósito y la presencia en el mismo de cerámicas a torno lleva a establecer un hito relativamente seguro, en torno a la segunda mitad de la cuarta centuria a. de C., para la utilización de los productos torneados como parte ya de los repertorios materiales propiamente vacceos.

En el extremo opuesto, la tumba 56 ilustra una etapa considerablemente avanzada, datable en un momento postsertoriano y hasta el cambio de Era. Frente a cuanto ocurría para la fase antigua del cementerio, en que eran los elementos metálicos, armas y fibulas principalmente, los que permitían fijar la cronología de las deposiciones, contribuyendo al tiempo a fechar las producciones cerámicas, son ahora precisamente estas últimas las que con su acusada personalidad parecen definir por sí solas toda la fase. Y así, la datación de la sepultura que nos ocupa ha sido posible merced a la presencia en ella de cerámicas tardoceltibéricas, que proporcionan una orientación cronológica segura a partir de los relativamente bien definidos modelos para las fases postsertorianas, y de una pieza excepcional y alóctona, cual es un cubilete de paredes finas.

Por desgracia, ni los elementos metálicos ni los cerámicos permiten el mismo nivel de fiabilidad cronológica para la plenitud del mundo vacceo. Y de ello se resiente el análisis del ajuar de la tumba 35, la cuarta de las analizadas en este estudio, al integrar el mismo objetos con diversas filiaciones, que apuntan hacia fechas dispersas.

A algo más de tres decenios de distancia de la publicación de la fundamental y pionera obra sobre la historia y la arqueología de la región vaccea, la aportación de nuevos datos resulta imprescindible a la hora de intentar cualquier síntesis o aproximación a la protohistoria reciente del valle medio del Duero. Y a ello se ha orientado nuestro objetivo principal: la presentación de los más recientes trabajos sobre el tema, así como la revisión y discusión a través de ellos de algunas de las cuestiones que ya F. Wattenberg intuyó y dejó abiertas. Es cierto, igualmente, que se incluyen variados aspectos relativos a la cultura material del pueblo vacceo, tales como la alfarería o la orfebrería, e incluso la numismática, por más que, como es bien sabido, no contaran con talleres para acuñar moneda y manejaran, y atesoraran, las acuñaciones de los grupos orientales, o aquellos referidos a sus relaciones con otros pueblos sincrónicos y por lo general vecinos, así como el problema de sus raíces, apenas si tratados en su día por el investigador citado, habida cuenta, precisamente, el carácter pionero de su obra y la escasez de registros a que se enfrentaba. Esta es sin duda una de las contribuciones más interesantes del presente volumen sobre *Arqueología vaccea*, la de haber procurado ampliar en buena medida los horizontes para el estudio y comprensión de este personalísimo pueblo de los albores mismos de la historia meseteña; si con ello rendimos al tiempo tributo y homenaje a la persona y a la obra de Federico Wattenberg los editores y autores que colaboramos en el presente volumen habríamos conseguido el objetivo primero y esencial del mismo.

FERNANDO ROMERO CARNICERO
CARLOS SANZ MÍNGUEZ
ZOA ESCUDERO NAVARRO